

SUMARIO

El método moderno de instrucción.—La labor de Francia en la frontera argelina, por Federico Pita, capitán de Infantería.—El ataque y la crisis en la batalla, por Von Vogel.—Escudo para infantería en obras permanentes, por V. Kokin.—Reglamento ruso de asistentes.

BIBLIOTECA

Pliego 15 de **Memoria sobre el Curso especial de tiro de infantería**, por D. Enrique Crespo Cordone, primer teniente de infantería.

Pliegos 13 y 14 de **Nueve meses en el ejército alemán**, por D. Carlos Requena.

Pliego 7-a de **Napoleón, jefe de ejército**, por el general alemán conde de York.

EL MÉTODO MODERNO DE INSTRUCCIÓN

Desde los albores de la humanidad á los tiempos presentes, ha permanecido fijo é inmutable el método resolutivo de las batallas, fundado en el empleo de las masas para lograr la superioridad moral y material en los puntos designados de antemano. Pero la palabra masa no tiene hoy el mismo significado que antes; no es ahora ya sinónimo de orden profundo y formación compacta, sino superposición y extensión de líneas sutiles y delgadas y reunión de los efectos del fuego.

Por medio de las maniobras estratégicas y de las evoluciones tácticas en el campo de batalla, se conseguía en otro tiempo que las masas se empeñaran en los lugares deseados, de modo que las facultades individuales de los combatientes no necesitaban gran desarrollo, y precisaba en primer término mucha bravura y una férrea disciplina. Hoy la masa no existe ni en el período preliminar ni en las primeras fases del combate; se forma solamente en los puntos decisivos y en el momento preciso, mediante una sucesión de pequeños esfuerzos; cualquier anticipación ó retardo pueden dar lugar á la derrota, y, por consiguiente, es menester que la voluntad y la inteligencia, que antes se concentraban en pocos individuos, sean ahora patrimonio de todos. Cada combatiente debe ser un hombre perfectamente consciente y capacitado para discernir la conveniencia colectiva é individual de obedecer las órdenes recibidas y los peligros de dejarlas inobservadas ó de cumplirlas sin convencimiento.

Cuando la masa imperaba en el campo de batalla, el ejemplo ajeno, el estímulo de los demás y el aliento que daba la presencia de los camaradas de fila, hilera y unidad, facilitaban la misión del mando y contribuían á la conservación de la fuerza moral, del valor.

Hoy, el soldado se ha de ver á menudo solo, aislado, perdido en un inmenso campo de batalla, sin medios para apreciar si la lucha es favorable ó adversa á sus armas; queda substraído con frecuencia á la vista de su oficial; debe moderar la rapidez de su avance, interponiendo pausas y períodos de reposo en que, echado cuerpo á tierra, todo le brinda motivos y pretextos para reflexionar acerca de su situación y darse cuenta de los peligros que le rodean. La exaltación del espíritu, que tantos actos de heroísmo ha engendrado, se produce con menos frecuencia cada vez, tanto por la gran duración de los combates como por la supremacía que ha alcanzado la acción individual. Más que el valor ciego y el impulso audaz y temerario, se requiere hoy la firme voluntad de vencer, la presencia de ánimo y el desarrollo del entendimiento para elegir el medio y la manera de ofender al enemigo con el menos riesgo propio.

De todo esto se infiere que la instrucción y educación que se da al soldado debe inspirarse en nuevas ideas, y que urge cambiar de procedimientos. El manejo del arma y los movimientos en orden cerrado, y aun las evoluciones de las unidades tácticas, eran antes convenientísimos, porque brindaban medios al oficial para imponer su voluntad y estrechar la disciplina en los trances de la guerra. El capitán tenía á su tropa siempre al alcance de la voz ó de la de sus oficiales, y podía instantáneamente hacer ejecutar sus órdenes. Ahora, no ya con la voz, pero ni siquiera con la vista, se abarca la línea de combatientes, y para que se cumpla sin pérdida de tiempo la voluntad del que manda es menester que todas las voluntades individuales se muevan por sí mismas de común acuerdo.

Se ha simplificado la parte mecánica, la puramente material y de forma de instrucción, pero ha nacido un nuevo orden de enseñanzas al que ningún ejército consagra toda la atención que se merece. Aparte de algunos movimientos y evoluciones para las necesidades, nunca muchas, del tiempo de paz, el manejo del arma debe de reducirse esencialmente á la carga y á los fuegos, y las evoluciones y movimientos al orden de marcha y al orden abierto.

En compensación, la gimnasia, que comprenda desde la más simple flexión de un músculo al franqueo y escalada de toda clase de obstáculos, incluyendo la carrera, el salto y la esgrima del fusil, ha pasado á ocupar un puesto preferente en la instrucción, al lado y no detrás de la enseñanza táctica propiamente dicha. Y también ha de consagrarse profunda atención á la formación de observadores y señaladores y á las prácticas de fortificación de campaña.

Mas con todo eso no se habrá conseguido transformar al recluta en soldado, ni se habrá dado á la instrucción un caracter en consonancia con los métodos modernos de guerra. La educación de la voluntad es lo principal. Mientras no se lleve al individuo, por torpe que sea, al cono-

cimiento íntimo de que su mejor escudo protector es el fusil y de que el mayor número de bajas se debe á la torpeza propia y á la tibieza en la ejecución, y no á la eficacia de los fuegos enemigos, nada ó casi nada se habrá conseguido.

Y aquí entra la dificultad de la instrucción, porque el más leve desacierto en su desarrollo, produciendo un desengaño y un desencanto en el campo de batalla, destruirá de un golpe todo lo trabajosamente conseguido en tiempo de paz, y las tropas marcharán sin guía, á ciegas y sin la íntima confianza tan necesaria para obtener la victoria. Por eso decíamos que ningún ejército ha resuelto hasta ahora satisfactoriamente el problema: la ofensiva absoluta, compendiada en la frase «marchad sobre el enemigo, cueste lo que cueste», puede conducir á consecuencias tan funestas como la defensiva erigida en sistema; no siempre y en todas partes la actitud de las tropas depende de su propia voluntad, sino de la del enemigo.

La instrucción ha de tener grande elasticidad, y amoldarse á todos los casos que pueden presentarse; ni basta siempre el fusil, ni el deseo de acometer, ni tampoco basta el saber hacer buen uso de la pala y el saber resguardarse del tiro enemigo. El soldado necesita conocer todos los recursos que se ponen á su alcance y discernir, sin ayuda agena, cuáles y en qué medida ha de utilizar en cada ocasión. De donde concluiremos que la instrucción no puede ya ser colectiva, sino individual, y en terrenos siempre variados, y que ha de acostumbrarse cada soldado á darse cuenta de su situación en todos los momentos, única manera de que pueda secundar con acierto los deseos y órdenes de su comandante, sin perder nunca la confianza en quien le manda.

Por otra parte, ha de hermanarse esa amplia iniciativa con el más estrecho espíritu de obediencia, y ello requiere que el oficial cese de ser casi exclusivamente el fiscalizador de faltas y hechos punibles, y se convierta de la mañana á la noche, y en toda clase de actos y servicios, en el educador de su tropa.



LA LABOR DE FRANCIA EN LA FRONTERA ARGELINA

I

Francia en Argelia sustenta su desarrollo en las bases del comercio y del progreso, pero Francia antes de llevar esto allí y aún llevándolo, lo apoya y lo precede de la acción militar, de esa acción que impone respeto y atrae las voluntades.

Su organización fronteriza puede darnos una idea de esta labor que aquí desconocemos, y que creemos afín no más que con el comercio y el

espíritu civil, cuando realmente, el espíritu que allí reina, como es lógico que reine, es el militar en su más grande desarrollo.

Los primeros pasos de la administración, son dados por las *oficinas árabes*, formadas por el elemento militar; la evolución más tardía al ayuntamiento *civil*, la establecen las *Comunes mixtas*, formadas en su mayor parte de elementos militares y regidas por leyes estrechas y casi del fuero militar.

De esta manera se llega al planteamiento del organismo civil, que siempre es apoyado por la fuerza, pues que en Argelia á 80,000 hombres ascienden las fuerzas que forman el 19.º cuerpo de ejército que la garantiza.

Hechas estas aclaraciones vamos á entrar en el detalle de la organización fronteriza de la Colonia.

II

Las tropas fronterizas y su organización

Hubo un tiempo en que Francia en su dilatada frontera argelina mantuvo la defensa pasiva, que solo le reportó combates frecuentes y un gasto excesivo para sostener el gran número de puestos que debían guardarla.

Además, la obra restaba estacionaria; no se progresaba en la adquisición de territorios; las fuerzas francesas estaban adheridas al territorio, no podían moverse.

Se pensó pues en darle otra nueva organización y la defensa fronteriza se compuso de tres elementos, *móvil*, de *socorro* y *fijo ó de reserva*.

El elemento *móvil* es el más interesante para nosotros, pues hasta los presentes momentos carecemos de él. Se le confían las misiones siguientes:

Exploración, requisición, persecución.

Se compone de fuerzas indígenas solamente, distribuidas en *compañías saharianas*, bien montadas en caballos ó en *meharis*; en escuadrones de Spahis, que son tropas regulares y en grupos de caballería llamados *Makhzen* y que tienen por objeto el servicio explorador.

Además, cuentan con *grupos francos* de infantería regular y que son excelentes tropas de montaña.

Las fuerzas de *socorro ó apoyo*, se hallan formadas por fuerzas regulares, dotadas de todos los medios de ataque y defensa. Las constituyen LA LEGIÓN EXTRANJERA Y LOS TIRADORES.

Para la mayor rapidez en la movilización, los cuerpos de la primera, tienen diversas compañías montadas.

Para cada dos legionarios se tiene un mulo, y gracias á este medio de locomoción pueden hacer de 40 á 50 kilómetros por día.

Como estos dos elementos son de lucha y de constante movimiento, el país quedaría desguarnecido á no contar con el tercer elemento ó sea el *elemento fijo ó de reserva*.

Se halla compuesto de las tres armas y al mismo tiempo que atiende al aseguramiento de las posiciones conquistadas, las fortifica, les da valor militar y realiza otra obra no menos útil; la de trazar y abrir las vías de comunicación, las telegráficas. Al abrigo de las primeras, se forman las poblaciones como por encanto; merced á las segundas se aumenta el comercio, se desarrollan los intereses coloniales.

*
* *

Todo pues está previsto y perfectamente organizado; la labor ligera de reconocimiento, se asienta por el apoyo de las fuerzas regulares que acuden á las líneas fronterizas.

La ocupación de estas, la hacen firme y segura las que constituyen las reservas.

III

Las compañías saharianas

Por decreto de 1.º de Abril de 1902, se crearon las fuerzas de las compañías saharianas, que se destinaron á guarnecer los oasis, recibiendo los nombres de «Compañías de Gouroua, Touat, Tidikelt y Beni-abbés.

Todas estas fuerzas están bajo el mando superior de un jefe de escuadrón, y cada una tiene por jefe un capitán, que es á la vez, jefe del puesto en que radica la unidad.

Cada compañía tiene cuatro oficiales; dos, de infantería, uno de caballería y otro de artillería. Todos ellos, á la vez que su misión instructora, tienen la del servicio de cuestiones indígenas, que son peculiares de las oficinas árabes.

Las compañías se componen de cuatro elementos bien distintos; *makzen* á pie, (infantería); *makzen* á caballo, y *makzen* á camello al que va afecta la artillería.

Los cuadros de estas compañías se nutren de sargentos franceses é indígenas que proceden de tiradores, excepto las de artillería, que son francesas.

La tropa toda es voluntaria y enganchada por dos años, sea cualquiera el arma á que pertenezcan.

Sus haberes varían de 3 á 4'70 francos, siendo de su obligación atender al entretenimiento del equipo y vestuario, como del caballo y su alimentación.

Los que desean servir en una unidad montada, al mismo tiempo que se presentan deben presentar su caballo, que de no ser admisible, se les admite en infantería, siempre que lo deseen, á no ser que presenten otro caballo mejor en el plazo que suele dárseles.

*
* *

La fuerza de estas unidades es variable, pero el término medio puede considerarse comprendido en las siguientes cifras.

Infantería	200 á 225	} Total 280 á 340
Caballería	30 á 45	
Meharistas	50 á 70	

*
* *

El uniforme es variable y se deja á la elección de los comandantes de unidad, que para ello consideran el país, el clima, etc., etc. Es un traje casi igual al de las tropas de Spahis Saharianos y muy parecido al del país, parecido que les permite verificar su misión con grandes facilidades.

El armamento de la infantería es la carabina del 90, con bayoneta Lebel. La caballería usa el sable. La dotación de cartuchos asciende á 120 por plaza.

*
* *

Estas fuerzas se distribuyen en los territorios que ocupan, en la siguiente forma: los artilleros en las ciudades; los jinetes en los *bland* ó pueblos pequeños, los infantes en los destacamentos que se les asigna.

Cuando los artilleros terminan su instrucción de tiro, se reparten entre el resto de la compañía y en estas fracciones atienden á la recomposición de equipos, armamento, etc., etc.

Los infantes suelen trabajar en construcciones y en la fabricación de ladrillos.

*
* *

Para la alimentación se reúnen grupos de 5 á 6, los que son de las mismas tribus y hacen su *popote* en la que se vienen á emplear por plaza las siguientes cantidades. Si alguno quiere algo más, puede adquirirlo por sí.

Harina	0'600 kilogramos	á 0'70 p. kilo
azúcar	0'100 id.	á 0'90 p. kilo
café	0'060 id.	á 1'60 p. kilo
manteca y carne, variable.		

*
* *

Tropas baratas, tropas útiles, son una necesidad para la frontera francesa, como podemos ver.

Conviene tener muy presente la organización de todas estas fuerzas llamadas *irregulares*, pero que por sus condiciones merecen el nombre de regulares y bien regulares.

FEDERICO PITA
Capitán de Infantería

EL ATAQUE Y LA CRISIS EN LA BATALLA

(Conclusión)

¿De qué medios ha de valerse el mando contra las crisis expuestas?

En primer lugar, la presencia de ánimo para resolver; luego, las órdenes que da. Dijimos ya que la presencia de ánimo es hija del carácter psicológico del jefe.

El más acertado término medio se encuentra entre el premioso proceder que busca atar todos los cabos, y la repentina resolución que procura dejar al enemigo el menor tiempo posible para contrarrestar nuestras medidas: ahí está el *alfa* y la *omega* de la verdadera presencia de ánimo. Tomada una resolución es menester ponerla en seguida en obra, no dejándose llevar de la vacilación por las mil circunstancias que siempre se presentan en la guerra: de aquí que el general deba poseer un carácter inflexible y un alma de acero. Cuanto más incierta se presente una situación, tanto más claras han de ser las órdenes dadas á las tropas. Una orden de ataque que revele á las tropas la indecisión ó que las circunstancias son difíciles, no hará más que estimular las masas á que caigan en una crisis fatal. La orden de ataque no ha de pretender decirlo todo, desde luego, pero lo poco que diga ha de ser lo bastante para que los jefes encargados de la ejecución comprendan bien su papel y no dicten á su vez órdenes equivocadas.

Uno de los medios más eficaces para prevenir las crisis, consiste en la exacta apreciación y empleo de cada una de las columnas de ataque, teniendo en cuenta su valor moral. Esto nos brinda ocasión para insistir sobre un punto muy estudiado en nuestra literatura militar: el tan debatido efecto moral de las armas modernas.

El efecto de las armas es ante todo puramente físico; el innegable efecto moral aparecerá como consecuencia de la influencia deprimente que hayamos despertado en una tropa, á la que se eduque en un respeto temeroso hacia las modernas armas de fuego. Lo mismo que si en otro tiempo hubiéramos ponderado las dificultades de atacar un frente guarnecido por Chassepots y ametralladoras, sucede ahora con lo relativo al efecto moral de las actuales ametralladoras y artillería pesada.

De antemano hemos de insistir sobre los terribles efectos de esas armas, librando así á las tropas más adelante de una catástrofe, y aun anunciándoles que han de sufrir los efectos de globos dirigibles que disparen bombas de dinamita. Las tropas deben familiarizarse en tiempo de paz con la idea de que los progresos técnicos acarrearán mayores efectos de las armas, y así se les dará mayor confianza; lo mismo que se hace con el niño á quien poco á poco se le va iniciando en lo que ha de saber.

Un signo típico de la psicología de la moderna guerra consiste en la substitución de la personalidad por la fuerza de las máquinas y armas. Al mando y á la educación corresponde despertar la confianza en las tropas, además de lo que ha hecho constantemente hasta ahora, ó sea ajustar las formaciones tácticas á los devastadores efectos de las masas y de las armas. Una tropa así educada tendrá seguridad de salir victoriosa de las crisis del combate, pese á los efectos de las armas modernas.

La infantería de la Guardia inglesa permaneció 12 horas, en Modder River, inmóvil á 800 metros del enemigo. Todos los esfuerzos que se hicieron para hacerla avanzar resultaron infructuosos. Más tarde se alegó como motivos de esta gran laxitud las grandes pérdidas que aquella tropa sufriera desde el primer momento y el «siniestro vacío del campo de batalla».

Pero en realidad los verdaderos motivos fueron: el conocimiento íntimo de que se empleaban unos métodos tácticos inadecuados, la falta de educación para obtener la superioridad de fuego, y, antes que todo, que se había perdido la confianza en la habilidad del mando.

Los infructuosos asaltos que se registraron en la guerra turco-rusa reconocieron como origen, no las pérdidas causadas en las tropas por el fusil turco, superior al ruso, sino el empleo de equivocados métodos tácticos que provocaban así profundas crisis, las cuales no podían ser dominadas por una táctica anticuada en presencia de unas armas nuevas.

Fundado en sofismas deducidos de la guerra de 1870-71, el ataque de infantería ruso obedecía esencial y estrechamente á la táctica de choque. De las cinco compañías del batallón, una solo desplegaba en guerrilla, y las otras cuatro, arrojando sangrientas pérdidas, emprendían admirables ataques á la bayoneta, respondiendo á la máxima turca «la bala es loca» la máxima rusa, al parecer mejor, «la bayoneta es el verdadero hombre».

Si aun se nos quiere hablar del efecto moral de las armas, basta oponer lo acontecido frente á Plewna. El fracaso de los ataques no se debió al efecto moral ni al efecto material del fuego de los turcos, sino á la falta de preparación por el fuego y á la manera como ejecutaron los rusos los ataques, y á la contra-ofensiva de los turcos, todo lo cual provocó

una crisis que no pudieron evitar las reservas rusas, á causa de su defectuoso empleo.

Un argumento, aunque indirecto, de esta afirmación, se tiene en el tercer ataque parcial ejecutado con mejor éxito por Skobelev.

El primero y el segundo ataque á Plewna nos muestran el cuadro de dos columnas de ataque separadas, que se mueven sin enlace recíproco. El tercer ataque condujo á la crisis por el empleo paulatino y demasiado lento de la infantería y artillería. Llegado el ataque al punto culminante, hubo de ser abandonado, no obstante disponerse de 39 batallones de reserva completamente intactos. Pese á ser Skobelev un dechado de valor, al llegar al punto táctico culminante sobrevino la crisis, á causa de las enormes pérdidas sufridas y de que en aquel momento supremo faltó el apoyo de las reservas. Dos ó tres batallones de refresco hubieran bastado para posesionarse definitivamente de una posición momentáneamente conquistada.

También la acción de la artillería tuvo una influencia funesta en el resultado del asalto.

El fuego de preparación de la artillería fué por completo independiente del ataque de la infantería. Los rusos aprendieron á su costa y por vez primera frente á Plewna, que la artillería por sí sola jamás puede quebrantar lo bastante á la infantería enemiga para facilitar el asalto. La histórica y filosófica profecía de Goethe, en presencia del violento é infructuoso cañoneo de Valmy: «Hoy y en este lugar comenzará una nueva época para la historia del mundo», tuvo una segunda parte delante de Plewna, nombre que recuerda una enseñanza táctica, la de que el ataque solo puede triunfar por la cooperación de las dos armas.

Resulta de esto, que la mejor manera de que la crisis se resuelva en la victoria del atacante, consiste en: un fuego de preparación suficiente, y la unidad de ejecución desarrollada bajo un método táctico adecuado. La concentración local y temporal de toda la potencia del fuego contra las posiciones principales; la acción por el fuego de masa contra el punto decisivo, por golpes poqueños, si se quiere, pero continuados; y la misma manera de obrar contra unas pocas posiciones importantes, allanan la conquista del punto decisivo y de los laterales y previenen las crisis del combate. El desarrollo de los ataques laterales en dirección al punto decisivo y en armonía con el plan general, y el progreso del ataque principal á favor de los pequeños éxitos obtenidos en las direcciones laterales, conducen finalmente al éxito. Los ataques frontales y de flanco no deben ser independientes, sino completarse mutuamente en iguales proporciones. El ataque frontal, que se ordena muy fácilmente pero que resulta difícilísimo de poner en obra bajo el fuego enemigo, aunque se presente indeciso y provoque graves crisis, puede terminar victoriosamente con la cooperación de un ataque de flanco. Un enemigo

enérgico, atacado de frente, pondrá sus fuerzas en movimiento y arrojará todas las disponibles contra el agresor, hasta convertirse tal vez en atacante. Así mismo, si el ataque de flanco se retrasa, puede acontecer que las tropas se encuentren detenidas en el momento culminante de su avance; el defensor se esforzará en aprovechar esta crisis por medio de una audaz contra-ofensiva. Esta corriente de ideas se ha extendido hace poco tiempo en Francia, mientras que los alemanes la preconizan hace mucho tiempo: consiste en buscar el éxito por la maniobra envolvente combinada con la ruptura del frente.

Los peligros del ataque de frente cuando se trata de un grande ejército son inevitables; pero á veces no habrá más remedio que acudir á él si se opera en el llano, como sucedió en Colenzo. Este combate pone también de manifiesto la dependencia mútua entre un deficiente método de ataque y la crisis del combate, así como los efectos de ambos factores sobre el mando.

Lo mismo que en Plewna, tampoco en Colenzo fué bien preparado el ataque, pese al ineficaz cañoneo de dos días con cañones de la marina.

Un reconocimiento exacto hubiera conducido por lo menos á un único pero importante resultado; la persuasión de que el ataque solo podía tener éxito por el envolvimiento del ala izquierda y la conquista de la colina de Hlangwane, que era la llave del campo de batalla. Contra este punto decisivo se limitó el general Buller á enviar una brigada de infantería montada, mientras hizo desplegar dos de las cuatro brigadas y mantuvo las otras dos como protección en reserva. Las consecuencias son conocidas: la brigada Hart avanzó en columnas compactas y hubo de detenerse á 800 metros de la posición enemiga, incapaz de proseguir el avance. La brigada Hildyar, que atacó en una adecuada formación táctica, sostuvo la situación en el punto más crítico, pero el general Buller, temiendo una catástrofe por el 2.º grupo de artillería de campaña, perdió la presencia de ánimo y dió la orden fatal de retirada. Dos brigadas, obedeciendo lo dispuesto por el general, contemplaron inactivas la fase culminante del ataque.

El Reglamento inglés de 1896 contiene el importante párrafo siguiente: «Las reservas se situarán en una favorable posición protegida, para contener al enemigo en caso de un revés; si triunfa el ataque, avanzan hasta la línea de batalla y se encargan de la persecución.»

¿Era necesario un lord Roberts para que los ingleses comprendieran lo equivocado de estas prescripciones del Reglamento? Las dos mitades de la campaña tuvieron un principio tan sangriento que no era difícil decidir el camino que debía tomarse.

Es indudable que el mando pueda prevenir ó atenuar cuando menos la crisis del combate, por el empleo de todas las fuerzas disponibles con sujeción á métodos tácticos adecuados.

«Todas las fuerzas»: ¡he aquí una frase tan sencilla como fácil de decir! Pero á menudo ha de transcurrir mucho tiempo para que, en la lucha de opiniones encontradas, resplandezca la sencilla verdad de que «todas» quiere decir efectivamente «todas las fuerzas». Basta recordar lo que se ha dicho sobre el empleo táctico, en el combate, de la artillería pesada de campaña. Unos recomiendan su «empleo como artillería especial» para casos muy particulares, poco frecuentes; y otros preconizan el «uso más amplio y constante», con el fin de utilizar desde luego todas las fuerzas existentes. Por lo cual, aun será necesario esperar á que una nueva guerra fije el concepto definitivo de aquella frase.

Se sale de los límites de este escrito el detallar los peligros é incalculables contingencias que á cada paso amenazan los progresos del ataque. Todos ellos se originan en las medidas adoptadas por el atacante, en las contrapuestas disposiciones de la defensiva, en el terreno, familiar para el defensor y desconocido en su mayor parte por el agresor, y, finalmente, en todas aquellas circunstancias y azares á las que solemos denominar «lo desconocido» en la guerra. Constituyen aquel «misterio», cuyo caracter y efectos son fijos pero insondables, y que se manifiesta en todas las campañas.

Volviendo ahora, para terminar, al punto crítico del ataque, dijimos ya que el mando debe esforzarse en emplear todas las fuerzas disponibles cuando llegue el momento culminante, para apoyar á las tropas ya empeñadas y dar inusitado vigor al ataque decisivo.

En la guerra moderna, habrá de llegarse al punto culminante del ataque para que el fiel de la balanza se incline hacia el platillo de la victoria ó el de la derrota. Como á menudo las batallas durarán varios días, no solo las fuerzas morales del atacante, pero también las físicas quedarán sometidas á tan ruda prueba que la crisis del ataque aparecerá como un hecho natural é irremediable. Pero como la defensiva se encontrará en el mismo caso, aunque en diferentes circunstancias, no cabe duda que al entrar en la fase decisiva el mando habrá de preguntarse si el ataque podrá ser rechazado ó no.

Y así acontecerá que en las grandes batallas un común sentimiento alentará en los dos rivales al llegar á la amenazadora crisis, sentimiento fundado en la confianza de las propias fuerzas.

«¿Posee la ofensiva el valor moral y los medios para emplear en el momento decisivo las últimas fuerzas de infantería disponibles?»

«¿Se encuentra la defensiva en estado de apoyar enérgicamente á la infantería empeñada contra las fuerzas del ofensor, y proporcionarle el auxilio suficiente para repeler el asalto?»

Estos dos problemas permiten abstraer el desenlace táctico de la última y mayor crisis de la batalla. El desenlace ha de buscarse en el empleo de las reservas.

Napoleón fué un maestro inimitable y de todos los tiempos en el empleo de las reservas para asegurar el éxito del ataque. Su objetivo capital, que consistía en la destrucción del principal ejército enemigo por una resuelta batalla ofensiva, lo obtenía economizando las reservas hasta que comenzaba la fase decisiva y empeñándolas entonces todas sin vacilación. Desde aquella época ha cambiado mucho el método táctico de empleo de las reservas; pero la máxima napoleónica, *l'idée brutale*, permanece invariable.

Los métodos tácticos adecuados allanan hoy la crisis del combate y facilitan el impulso para el ataque final; poco importa que este impulso parta de las líneas más avanzadas ó de las posteriores. Las fuerzas concentradas permitirán en todos los casos los asaltos, y en su buen empleo reside la mejor garantía del éxito, pese á las crisis que sobrevengan.

La crisis culminante se resolverá por el empleo de una fuerte reserva, en el sentido moderno de este vocablo: al antiguo «choque de masas», ha substituido el «fuego de masas»; las viejas formaciones en columnas compactas han sido reemplazadas por el estrecho enlace de las tres armas principales para obtener efectos eficaces contra los débiles flancos del adversario.

El empleo de las modernas reservas por progresivos avances tácticos detrás del frente ó del ala de maniobra presentaría ahora muchas desventajas. Expondría, en efecto, á situaciones desfavorables el dejarse arrastrar á un ataque de frente ó, si se empleaban las reservas detrás de una ala, la necesidad de efectuar la marcha preliminar para el despliegue fuera del alcance eficaz del fuego enemigo.

El procedimiento más eficaz para empeñar las fuerzas consiste en el adecuado despliegue desde las columnas de marcha, cosa ahora más haccedera porque las modernas batallas ofensivas no se resolverán en un periodo de pocas horas.

Por eso se impone que todas las tropas, desde los tiradores que se encuentran en la línea más avanzada hasta los últimos conductores de la más alejada columna de municiones, se inspiren en un solo pensamiento:

«¡Adelante, hacia el enemigo, cueste lo que cueste!»

(Del *Militär Wochenblatt*.)

VON VOGEL.



ESCUDO PARA INFANTERIA EN OBRAS PERMANENTES

El escudo que se propone podría llamarse de plaza. Su disposición obedece al siguiente propósito: ofrecer una protección suficiente contra las balas y cascos de granada, sobresaliendo lo menos posible del parapeto (30 cm. en altura y 56 cm. en anchura).

Con objeto de obtener toda la posible protección, tiene un centímetro de grueso en la parte anterior y 0'7 centímetros en la superior. Gracias á sus dimensiones y á su disposición, no solo resiste la penetración de las balas y cascos de granada, sino que se le puede colocar como con-venga. Las caras laterales, ó perpendiculares al parapeto, son trapezoi-dales, midiendo 60 cm. de altura, 30 la base superior y 20 la inferior; su grueso es de 0,6 cm. La cara del frente tiene 56×60 centímetros y la superior 30×56 . La cara inferior tiene 0.5 centímetros de espesor.

La forma especial del escudo permite, á pesar de las relativamente pequeñas dimensiones de aquel, proteger al tirador no solamente de los fuegos de frente, sino de los oblicuos hasta un ángulo de 45° con la per-pendicular á la magistral. El escudo adoptado por la artillería de campa-ña tiene 3.5 milímetros de espesor y adolece del defecto de que el cho-que de los proyectiles lo raja y abolla cerca de los bordes, inconveniente que no puede presentarse en el escudo propuesto, porque todo el para-peto sirve para sostenerlo y darle rigidez.

Un escudo de esta naturaleza pesa 59 kilogramos, peso que se ha ob-tenido tomando el número 8 como valor máximo del peso específico del acero fundido.

Aunque el peso puede quizás parecer excesivo, ha de observarse que esto no es ningún inconveniente, porque el escudo es fijo y giratorio; lo contrario sucede en el escudo del cañón de campaña, el cual conviene esforzarse en aligerarlo lo más posible.

Las ventajas del escudo son las siguientes:

1.—*Sus pequeñas dimensiones*, lo que disminuye la probabilidad de que choquen de lleno contra el escudo las granadas y los cascos grandes;

2.—*Resistencia*, obtenida en parte por el movimiento giratorio que substraerá el escudo al fuego; esta consideración es muy importante, porque no es dudoso que pronto serán de uso general las balas con en-vueltas de acero, proyectiles que atraviesan con facilidad los escudos;

3.—*Independencia relativa de los escudos, los unos de los otros* (en un fuerte pequeño se necesitarán unos 500, en una plaza unos 2,500, y en algunas fortalezas 10.000);

4.—Fácil reemplazo de los escudos inutilizados. Sería muy convenien-te el disponer pernos y anclas en el parapeto entre cada dos escudos, para poder instalar otros elementos de esta clase en uno momento dado;

5.—*Construcción sencilla.*

El principal inconveniente del escudo propuesto es su elevado precio, que puede llegar á 80 rublos (328 francos). (El escudo de la artillería, procedente de la fábrica Obujov, cuesta 76 rublos—312 francos). Es indudable, sin embargo, que si se construyera un gran número de esos escudos su precio bajaría; con todo, conviene observar que es preferible un escudo caro, pero sólido y eficaz, á otro más barato que no proteja por completo al tirador ni sea muy resistente. En números redondos, puede admitirse que el aumento de gastos que la adopción del escudo implicará será de unos 32.000 rublos (131.500 francos) para un fuerte moderno.

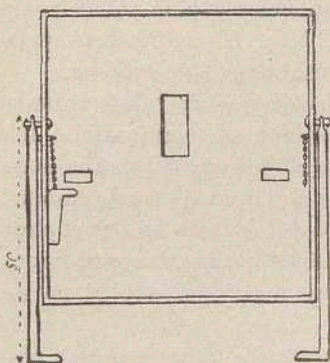


Fig. 1

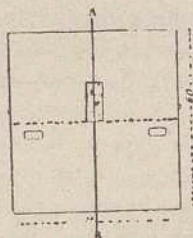


Fig. 2

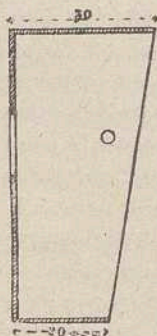


Fig. 3

El resultado que un escudo dé en la práctica, depende principalmente de la bondad de su fabricación. Puede decirse que el 70 por 100 del éxito reside en ella; por este motivo ha de atenderse ante todo á fabricar los escudos con los materiales ideados para el caso.

La aspillera mide 6×13 centímetros; lateralmente hay otras dos aberturas por donde pasan las barras de sujeción.

La figura 1 representa el escudo visto por detrás. Los pasadores son muy sólidos para que retengan el escudo en la posición de combate, sin que puedan moverlo las balas y cascos de granada al chocar contra él; dichos pasadores están sujetos al escudo por medio de cadenillas con objeto de evitar que se extravíen al levantar y bajar el escudo durante el combate.

La figura 5 es un corte del parapeto con el escudo en la posición de combate, dispuesto en un gradín de aquél.

La sujeción se obtiene por varillas de hierro empotradas en hormigón. Su disposición general hace que sea poco probable la destrucción del empotramiento por efecto de la granada-mina.

La dotación de escudos variará con las necesidades que debe satisfacer la obra, aunque conviene que el cálculo se haga siempre por exceso y no por defecto.

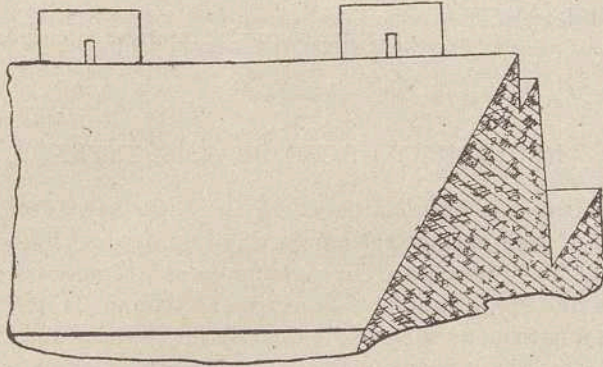


Fig. 4

El escudo se coloca en la posición indicada por puntos en la figura 5.^a, cuando se desea proteger por completo al tirador sentado en la banqueta. Para mantener el escudo en esta posición de modo que no se mueva, sirven las varillas *ab*, las cuales se introducen en los orificios de

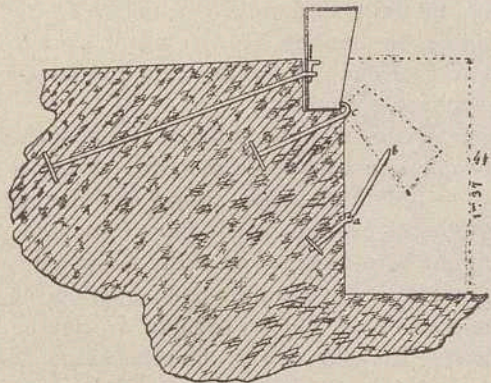


Fig. 5

las caras laterales de aquél. El escudo puede también ser quitado ó bien suspendido de las varillas terminadas en gancho. Los orificios laterales sirven así mismo para mantener el escudo en posición vertical.

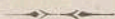
Las caras exteriores del escudo se pintan del color del parapeto.

En la figura 4.^a se ve el aspecto que presenta el parapeto cuando el escudo está en la posición de combate.

V. KOKIN

(Del *Inshenernyi Shurnal*)

(Traducido por J. A. teniente coronel de ingenieros)



REGLAMENTO RUSO DE ASISTENTES

En el ejército ruso se había llegado á hacer un verdadero abuso de la autorización para extraer asistentes, cuyo número ha llegado á alcanzar la cifra de 53.000 hombros. Un reglamento, que empezará á regir en 1.^o de Enero del año próximo, dispone que en tiempo de paz se asigne un asistente á cada general, jefe y oficial de los cuerpos activos, estados mayores de campaña y plazas; además los generales tienen derecho á dos subvenciones (1) y los jefes una en concepto de «contrata de criado». En tiempo de guerra, los militares que solo tienen derecho á un asistente lo conservan á sus órdenes y se concede á sus familias una de dichas subvenciones.

Los asistentes han de elegirse entre los soldados menos distinguidos, á condición de que su salud sea buena é intachable su conducta, y, con preferencias entre los voluntarios; han de llevar ocho meses por lo menos en filas y figuran entre los «no combatientes». El asistente queda obligado á servir al oficial y su familia y ocuparse en todos los quehaceres de la casa que se le manden. Han de vestir siempre el traje reglamentario, quedando prohibido cualquier traje que no sea de uniforme y siendo de esto responsable el oficial.

El asistente devenga los mismos haberes que el soldado; puede quedar rebajado de ranchos; cobrando en metálico el importe de los mismos, pero siempre se le han de proporcionar comidas calientes.

Si el oficial cambia de destino, puede llevar consigo á su asistente. El oficial ha de vigilar la conducta y la salud de su asistente.

Por vía disciplinaria, los comandantes de division pueden privar al oficial del derecho á asistente, por un período de tiempo que no puede exceder de seis meses. En este caso el oficial no tiene derecho á la subvención aludida.

Con la aplicación de este reglamento se espera que el número de asistentes en todo el ejército ruso quede reducido á 20,000 hombres.

(1) Importa cuarenta y dos francos mensuales.